

Cuatro versiones de un curioso incidente ocurrido en la playa de Limón [antes Cariai] un día de septiembre de 1502

Author(s): Juan Durán Luzio

Source: *Hispanic Review*, Vol. 62, No. 1 (Winter, 1994), pp. 93-104

Published by: University of Pennsylvania Press

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/474433>

Accessed: 13-02-2017 20:15 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://about.jstor.org/terms>

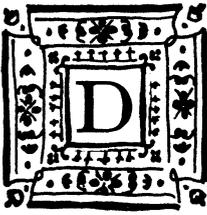


University of Pennsylvania Press is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Hispanic Review*



CUATRO VERSIONES DE UN CURIOSO INCIDENTE
OCURRIDO EN LA PLAYA DE LIMÓN [ANTES CARIAI]
UN DÍA DE SEPTIEMBRE DE 1502.

JUAN DURÁN LUZIO
Universidad Nacional, Costa Rica



ESDE la llegada del europeo a las costas de este continente se registran escritos relativos a los contactos entre los navegantes y las aborígenes, entre el hombre del Viejo Mundo y la mujer del Nuevo. Pero hay unas páginas referentes a ese problema, particularmente interesantes por lo contradictorio; calificamos ese encuentro como problema porque las relaciones entre los llamados descubridores y las nativas, si tuvieron matices complejos en el ámbito social, también los tuvieron en el espacio literario de los textos, que es el que nos compete.

Para situar estas notas en los límites de una cultura nacional, me remito al primer escrito sobre el territorio que después se llamará Costa Rica, y en el cual hay ya referencias al encuentro entre los europeos y las indias. Se trata de un singular episodio que pone de manifiesto el entonces insalvable problema de la comunicación lingüística y, sobre todo, la carga de prejuicios e intencionalidad en lo escrito por aquellos que primero se refieren al caso. Lo cierto es que sus versiones ofrecen variaciones del mayor interés para comprender mejor dichas relaciones, al mismo tiempo que permiten establecer un par de reflexiones sobre el amplio tema de la escritura historiográfica.

Los autores de las páginas en cuestión son Cristóbal Colón, su

hijo Hernando Colón, Pedro Mártir de Anglería y Bartolomé de las Casas; los dos primeros son testigos presenciales de aquel episodio; los otros lo han elaborado a partir de los textos del Almirante y de Hernando. Por pluma del propio Cristóbal Colón, en carta dirigida a los reyes católicos y fechada en la isla de Jamaica el 7 de julio de 1503, se deja testimonio de lo acaecido en su cuarto viaje, prolongado desde mayo de 1502 hasta noviembre de 1504.¹ Como se recordará, Colón buscaba entonces desesperadamente el pasaje que le permitiera llegar a la India, pensando que las costas de la actual Centroamérica eran una especie de península, al fin de Oriente, la cual le impedía el paso a la India, y por ello, culminar sus sueños de alcanzar esas tierras navegando hacia el poniente, para derrotar a los portugueses y a la tradición. Costeando desde Honduras hacia el sur, y después de difícil navegación llega a las playas de Cariái; allí, para reparar las naves y dar descanso a su tripulación, ancla entre la isla Uvita—que él llamó La Huerta—y la desembocadura del río Limón.² En la ribera existía un poblado de indios talamanca, quienes presencian, sin duda con grandísimo asombro, la llegada de las cuatro carabelas. Los naturales adoptan una posición cautelosa ante el extranjero; pero como los navegantes no bajan a tierra, se produce un tranquilo intercambio de productos, que los indios llevan hasta las naves. Luego, para honrar a los visitantes les envían dos muchachas, acaso a modo de incentivo para ampliar el trueque, acaso a modo de presente.³ Sin embargo

¹ Es tan notable la pasión y dedicación de Colón por la escritura como por los bienes materiales; aquí, abandonado en la isla de Jamaica, después de una desastrosa navegación, tiene a su alcance papel, pluma y tinta—o dice tener, para fechar el documento in situ—y dejar testimonio de sus hechos. Esta carta datada en la isla de Janahica (Jamaica) el 7 de julio de 1503, fue publicada, por primera vez en lengua italiana, en 1505. Sobre su afán por dejar registros escritos, Olschski ha dicho: “In all places his eyes were directed toward every thing which might have the glittering appearance of gold. We may admit that, at the period of the great discoveries, this was the common attitude of all the explorers and conquerors in search of riches in three different continents. But before Columbus none of them wrote a Journal revealing, day by day, their reactions and expectations.” (655).

² Para saldar la antigua polémica si fue en las cercanías del actual puerto de Limón en donde ancló Colón para reparar sus naves, o en otro punto de la costa nicaragüense, nos atenemos al criterio del gran navegante e historiador Samuel Eliot Morison quien opina que el Almirante ancló entre la isla Queriviri—que Colón bautizó La Huerta—hoy Uvita, y la playa de Limón (732-3).

³ Samuel Eliot Morison (732-3) sostiene que el día anterior a este encuentro hubo intercambio de productos, en las naves, entre los españoles y los indios. Así

el Almirante no se complace al narrar ese suceso de septiembre de 1502:

En Cariay y en esas tierras de su comarca son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí, luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas. La más vieja no sería de once años y la otra de siete, ambas con tanta desenvoltura, que no serían más [que] unas putas. Traían polvos de hechizos escondidos. En llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las invié luego a tierra.⁴

El trozo está permeado por un tono negativo, ya que Colón se apresura a calificar a las jóvenes indias por su desenvoltura—tan inesperada como chocante para él—con un calificativo cuyas connotaciones les atribuyen una valoración moral del todo despreciativa: la voz “puta” resulta suficiente para condenarlas. Pero se desprende, por otra parte, que tal palabra no porta un matiz excesivamente ofensivo, puesto que el autor se siente con libertad de emplearla en una misiva dirigida a los reyes.⁵

También describe Colón a las jóvenes como portadoras de un maleficio, y clara se lee su prisa por sacarlas de las naves. Así mismo como se apura en su juicio, omite todo el ceremonial de entrega de esas niñas presentadas por los indios, al parecer, como gesto de hospitalidad. Sin embargo, el Almirante tuvo la atención

lo afirma el otro testigo presente, Hernando Colón: “Viendo que éramos gente de paz, mostraron gran deseo de obtener cosas nuestras a cambio de las suyas . . . Todas estas cosas las llevaban nadando a las barcas, porque los cristianos ni aquel día ni al siguiente salieron a tierra; ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna, para que no nos tuviesen por hombres que deseaban lo que ellos tenían; antes les hizo dar muchas cosas de las nuestras.” (280).

⁴ Se citan los escritos colombinos según el texto fijado por Consuelo Varela. El párrafo anterior procede de la carta fechada en la isla de Jamaica el 7 de julio de 1503, conocida como *Lettera Rarissima* (300). Samuel Eliot Morison agrega al respecto: “*Lettera Rarissima*, llamada así por el título de la reimpresión de Jacopo Morelli de 1810, fué impresa por primera vez en una traducción italiana en Venecia, en 1505 . . . El más antiguo manuscrito español de esta carta es inexacto, y esta primera traducción italiana ha ayudado para restaurar su lectura correcta.” (790).

⁵ Por el contexto es claro que Colón no hace uso de la voz “puta” con el sentido que tenía en italiano antiguo *putto*, *putta*, “muchacho”, “muchacha”—sentido que pudiera implicarse por la edad de las jóvenes. Según Corominas (930) dicha voz tiene el significado que le conocemos en castellano desde el siglo XIII; agrega que el término “desde el siglo XV abunda mucho en literatura, aunque lo evite la conversación decente.”

necesaria para otorgarles otro rasgo negativo y del todo condenable en la España inquisitorial de sus días—el de la hechicería—que tradicionalmente se ligaba a la condición femenina: “Traían polvos de hechizos escondidos. En llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las invié luego a tierra.” En la recordación negativa de la experiencia, Colón presupone la función de esos polvos, que según Morison, no serían más que pimienta. Igualmente ambiguo es el sentido del giro “adornar de nuestras cosas”: pronto se sabe que es sinónimo de “vestir” y sorprende el eufemismo del Almirante luego de las acusaciones que en contra de ellas ha formulado. Su visión del mundo que solo espera recato y mesura de una desconocida le lleva a condenar el desplante de las jóvenes como un rasgo pecaminoso, pero tal vez esa era una virtud entre los talamancas. Por lo demás, no está tan claro que la prostitución se practicara entre los pueblos primitivos del Nuevo Mundo, aunque se halla documentada en algunos cronistas oficiosos como Fernández de Oviedo y López de Gómara; pero ambos, y particularmente el último, escriben en abierta condenación de lo americano.⁶

Hay factores extratextuales que contribuyen a explicar la prosa negativa que emplea Colón acerca de su paso por Cariai: al escribir esa carta se encuentra abandonado en Jamaica, con una tripulación adversa, desilusionada y hambrienta. Dos de las cuatro naves originales han naufragado y ha sido preciso encallar las otras dos allí en la costa norte de esa isla ante la inminencia de su naufragio. Con pocas esperanzas de poder llegar a salvo a Santo Domingo, su fiel Diego Méndez se apresta a remar en canoa, ayudado por media docena de indios, las casi 500 millas que los separan de aquel puerto donde podría conseguir auxilios. La víspera de esa hazaña que resultó exitosa, Colón escribe la carta a los reyes católicos. No parece redactada para conocer la imprenta, es más bien íntima, y sin los

⁶ Como se sabe, son bien pocas las informaciones originales precolombinas que no pasaron por el filtro de la lengua y la cultura españolas; este proceso afecta cualquier visión imparcial de aquel pasado. Así, la prostitución entre las indias no deja de aparecer en los cronistas españoles, aun cuando apenas hay menciones sobre las “mujeres públicas” en un texto nahuatl recogido por Miguel León Portilla (151). Sin embargo, León Portilla informa que el párrafo procede del Códice Florentino, según textos de los informantes de Sahagún; cualquier lector advierte, poco después de comenzada la obra de Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1582) que su visión del México antiguo está dominada por un fuerte espíritu de censura católica que no pocas veces desvirtúa aquella cultura que recopila.

matices de apropiación oficial de la tierra que se leen en la célebre epístola de 1493, donde se anuncia el descubrimiento. Exenta de rasgos de oficialidad, más parece una especie de confesión personal dolorosa que el documento formal de uso cortesano para complacer a los monarcas. En ella aparece, pues, la primera referencia escrita a la futura Costa Rica y el antecedente de un rasgo contradictorio que en adelante el europeo utilizará con frecuencia para referirse a la mujer india: la de un ser despreciable, sin embargo, un bien codiciado.⁷

El otro testigo presencial de ese incidente y quien también dejó testimonio por escrito es Hernando Colón, hijo del navegante, niño entonces de trece años y quien mucho después iba a recoger esta anécdota al redactar la vida de su padre.⁸ Su versión, en todo caso, es bastante diferente. El hombre letrado y bibliófilo que es Hernando Colón al escribir no incurre ni en el rudo calificativo empleado por el Almirante ni en su desdén; más bien se refiere con admiración a las dos mozas talamancas presentadas a los navegantes:

Como los indios vecinos de este lugar creían que los cristianos no se fiaban de ellos enviaron a las naves a un indio viejo de venerable presencia, con una bandera puesta en un palo y con dos muchachas, una de ocho años y otra de catorce . . . les hacían muchas señas de que llevasen consigo a las mozas con los guanines que traían al cuello. Y a instancias del viejo que las llevaba, aceptamos que quedasen con nosotros. En lo cual no sólo mostraban más ingenio del que se había visto en otros, sino que en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque siendo los cristianos de tan extraña vista, trata y generación, no dieron muestra alguna de dolor ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto, por lo que fueron muy bien tratadas por el Almirante, que hizo que se les diese de vestir y de comer: y luego mandó que fuesen devueltas a tierra (280–81).

⁷ Sobre las condiciones de escritura de esa peculiar carta, afirma Morison: “Con gran prisa, pues Diego quería partir inmediatamente, Colón compuso en su camarote la carta a sus Reyes, que se designa con el nombre de *Lettera Rarissima*. Es la obra de un hombre que sufre física y espiritualmente, exagerada, incoherente, entremezclada con discusiones de cosmografía y visiones de Belén.” (779).

⁸ La cuestión en torno a la biografía del Almirante escrita por su hijo Hernando es compleja. Este nació en Córdoba en 1488, de Beatriz Enríquez de Arana, y falleció en 1539. La obra apareció impresa por primera vez en una traducción italiana hecha por Alfonso de Ulloa, en Venecia en 1571. En el prólogo de la edición citada, escrito por Ramón Iglesia, se leen más informaciones sobre el hacer y circunstancias biográficas de Hernando Colón, y la historia de su manuscrito.

He aquí un par de inferencias: los modales y viveza de las jóvenes—sin duda distintos a los conocidos por los españoles en las mujeres de las Antillas—pudieron motivar el adjetivo de desenvueltas, que Colón padre transforma en una apreciación negativa; el rasgo descriptivo del sintagma “semblante alegre y honesto” parece refutar directamente el matiz adjetival de “putas” del texto anterior. Se desprende de este trozo que el “adornar de nuestras cosas” es un eufemismo empleado por el Almirante para soslayar la desnudez de las niñas; él mismo, sin embargo, no eludió emplear la otra voz de significación más negativa. Ahora la edad de las jóvenes es mayor: ¿concesión acaso al lector europeo, para hacer más aceptable el fin del presente? ¿Fidelidad de quien como coetáneo ve más de cerca a las muchachas? Nótese, por otra parte, que el matiz sexual está del todo ausente en esta descripción. Además, la figura del anciano venerable que las acompaña—ausente en la carta de Jamaica—confiere respetabilidad al ritual del saludo y la entrega, y sitúa el hecho en un plano más elevado. Finalmente, no deja de sorprender la voz “guanines” en el texto italiano de Hernando: voz antillana, de la isla Española, empleada para designar una joya de oro de poco valor, hasta ahora única vestimenta de las niñas.

Una observación final sobre la procedencia de estas líneas: el párrafo citado es parte de una biografía escrita por el hijo de un hombre completamente ilustre y ya sito en la gran historia de sus días. Su prosa, desde este punto de vista, no es exaltativa, aunque debe rehabilitar a su padre ante los detractores quienes, por indirecto encargo de la Corona española, disminuían por entonces los méritos del descubridor y, con ello, los derechos de sus descendientes. El tono general de lo ocurrido, según Hernando, es ahora bastante positivo y digno.

Con el modo elegante de un cronista de palacio, Pedro Martir de Anglería incluye en sus *Décadas del Nuevo Mundo* el breve suceso (1:321); bien pudo recogerlo de la carta de Jamaica o acaso de boca del mismo Almirante, y parecía estar también al tanto de las notas de Hernando. En su calidad de cronista y secretario latino de la Corona, Martir no sólo ha tenido acceso inmediato a ese tipo de información, sino que, como miembro destacado de la corte, mantuvo varias conferencias con Colón sobre sus viajes.⁹

⁹ Según Edmundo O’Gorman, “Martir, que estaba en España cuando Colón salió al descubrimiento de América y cuando regresó de sus viajes, tuvo, como miembro

Desde un principio Mártir de Anglería vió la importancia de lo actuado por el extravagante genovés que navegaba para los católicos Fernando e Isabella. En el libro IV de su *Tercera década*, compuesta entre 1514 y 1516, escribió sobre el suceso en playas de Limón:

La urbanidad y afabilidad que caracterizan a los cariairenses son tales, que más desean dar que recibir. Enviaron a los nuestros dos hermosas doncellas, dando a entender que podían llevárselas. Las muchachas en cuestión traían, como las demás mujeres, cubierto el sexo con una franja de algodón. Tal es la femenil costumbre; los hombres, en cambio, andan desnudos. Pártense aquellas el pelo; al paso que éstos se lo dejan crecer en el colodrillo, pero se lo afeitan por delante, y atándose con cintas colgantes rodean con él sus cabezas, al estilo de nuestras jóvenes. El Almirante las hizo vestir, las obsequió ricamente, y habiéndoles dado una monterilla de lana roja destinada a su padre, las devolvió.¹⁰

La admiración de Mártir de Anglería por los hechos del Almirante no se disimula, y bastante de la estatura heroica inicial del navegante se rubricó gracias a la enorme difusión que adquirió por medio de los escritos latinos de Pedro Mártir. El cronista real añade aquí la frase “las obsequió ricamente,” al referirse a las muchachas, rasgo que no figura en las fuentes conocidas, pero que contribuye a confirmar el carácter humanitario de un Colón que también se ha opuesto a que nadie las toque; Mártir omite la edad de las niñas, que él llama “dos hermosas doncellas,” de acuerdo con una forma tópica y connotando más bien su aspecto juvenil.¹¹ Incluye los detalles del cobertor de algodón y de la monterilla roja, de regalo para el padre de las jóvenes; nada señala al respecto Hernando, de donde se deduce que el cronista tiene a su alcance más información del Almirante, hoy desconocida; sin embargo las consideraciones acerca del peinado de los varones las hace Hernando párrafos antes del relativo al incidente que nos ocupa.

importante de la corte española, varias conferencias con el navegante sobre sus viajes, y escribió en latín muchas cartas a los más importantes personajes de Italia y España, en las que se encuentran datos muy interesantes de sus conversaciones con Colón sobre el descubrimiento de América y sus viajes.” (Martir I:46).

¹⁰ Pedro Martir de Anglería comenzó la redacción de esa obra ya en 1493, pero las tres primeras *Décadas* fueron recién publicadas conjuntamente, por primera vez, en 1516, en Alcalá. La octava y última de las *Décadas* está fechada 1525.

¹¹ En el original latino Martir se refirió así a las dos jóvenes: “Puellas ad nostros virgines formae elegantis misere duas”; literalmente, “Niñas . . . vírgenes de elegante forma.”

Mártir de Anglería muestra de otro modo aquí su bien ganado lugar entre los humanistas del temprano dieciséis: en los sutiles rasgos explicativos de su prosa latina se lee su conformidad con la noción del indio como otro miembro de la ecumene, de la gran familia humana; así su disquisición primera sobre la apropiada conducta social de los cararienses, pone de manifiesto la vigencia de una suerte de urbanidad y hospitalidad naturales; o cuando dice que los indios se arreglan el pelo con cintas colgantes, “al estilo de nuestras jóvenes” introduce un símil capaz de implicar que nada es deforme ni extraño entre aquellos seres del orbe nuevo, aunque vayan desnudos: he ahí su adhesión a la idea de la uniformidad del mundo, de la universalidad del hombre. No hay aquí ninguna señal de menosprecio hacia la mujer original. El indio, aunque un desconocido, le parece otro ente común entre los humanos y, por ello, el hallazgo colombino en sus páginas se sabe ya como una magna ampliación del orbe. Y no podía ser de otro modo: Martir de Anglería escribe después—y en conocimiento—de las iluminantes epístolas de Américo Vespucio, que terminaron de aclarar la confusión inicial.¹²

Finalmente, fray Bartolomé de Las Casas, quien también tuvo acceso a los papeles de Cristóbal y Hernando Colón, a quienes conoció, amplía las circunstancias del incidente, agregando detalles que dan otro sentido a lo escrito por el navegante; sobre todo, claro, omite la valoración ofensiva de las jóvenes que escribió el Almirante. Es pensable que Las Casas redactara lo que sigue unos treinta años después de lo acaecido en playas de Cariái, cuando preparaba su *Historia de las Indias*; al respecto, apunto allí (2:278) lo siguiente:

Y como los indios que por aquella comarca estaban sintieron que los cristianos no se fiaban dellos, enviaron un indio viejo, que parecía persona honrada y de estima entre ellos, con una bandera puesta en una vara, como que daban seguridad; y traía dos muchachas, la una de hasta catorce años, y la otra de hasta ocho, [con ciertas joyas de oro al cuello], el cual las metió

¹² Nos referimos, sobre todo, a las cartas conocidas como *Mundus Novus*, de 1503 y *La Lettera*, de 1504. Sobre la primera ha escrito Levillier en el prólogo a las cartas vespucianas: “Esta carta supera a las demás en trascendencia y por lo mismo fué de inmediato famosa. Vespucio expresa en ella su convicción de que debe llamarse Nuevo Mundo a las tierras descubiertas. Es su concepto de continentalidad.” (75). Sobre la segunda ha dicho: “Esta memoria que detalla sucesivamente los cuatro viajes, constituye el conjunto documental más amplio y más informativo de la colección vespuciana.” (77).

en la barca, haciendo señas que podían los cristianos salir seguramente. Salieron, pues, algunos a traer agua para los navíos, estando los indios modestísimos y quietos y con aviso de no se mover, ni hacer cosa por donde los españoles tomasen ocasión de tener algún miedo dellos. Tomada el agua, y como se entrasen en las barcas para se volver a los navíos, hacíanles señas que llevasen consigo las muchachas y las piezas del oro que traían colgadas del cuello; y por la importunación del viejo, lleváronlas consigo, y era cosa de notar las muchachas no mostrar señal de pena ni tristeza, viéndose entregar a gente tan extraña y feroz y de ellos en vista y habla y meneos tan diversas, antes mostraban un semblante alegre y honesto. Desde el Almirante las vido, hízolas vestir y dalles de comer y de las cosas de Castilla, y mandó que luego las tornasen a tierra, para que los indios entendiesen que no eran gente que solían usar mal de mujeres; pero llegando a tierra, no hallaron persona a quien las diesen, por lo cual las tornaron al navío del Almirante, y allí las mandó aquella noche tener, con toda honestidad, a buen recaudo. El día siguiente, jueves, a 29 de setiembre, las mandó tornar en tierra, donde estaban ya 50 hombres, y el viejo que las había traído las tornó a rescibir, mostrando mucho placer con ellas; y volviendo a la tarde las barcas a tierra, hallaron la misma gente con las mozas, y ellas y ellos volvieron a los cristianos todo cuanto se les había dado, sin querer que dello quedase alguna cosa.¹³

Las voces y frases en común, y los giros similares indican que *Las Casas* sigue el escrito de Hernando Colón, aunque es evidente que posee más información que los anteriores. Sin embargo, impregna el pasaje todo con su ideología proindianista y ningún matiz descriptivo se escapa a esos fines: los indios, sosegados en su tierra, hacen un avance de paz al mandar un embajador bien señalado con una bandera en una vara [viejo, honrado, estimado] son los calificativos con que el dominico distingue al enviado, para que su futuro lector no guarde dudas acerca de la calidad del emisario. Mientras se realiza el obsequio los otros indios observan “modestísimos y quietos.” El superlativo, que no aparece en las dos fuentes originales del hecho, califica igualmente al narrador que no ahorra los más altos valores morales para asignárselos a los aborígenes, así como introduce el calificativo de “feroces” para los españoles, matiz au-

¹³ Nótese que *Las Casas* habla de un jueves 29 de septiembre; la controversia sobre el día de la llegada de los europeos a playas de Limón ha sido tema bastante debatido en el pasado. Véanse los últimos estudios de la *Colección de documentos para la historia de Costa Rica relativos al cuarto y último viaje de Cristóbal Colón*. Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. ed. Jorge Lines. San José: Atenea, 1952. 309-27.

sente en los textos de los Colón como en el de Anglería. Además, el adjetivo “extraños” aplicado a los europeos propone un generoso desplazamiento del punto de vista narrativo a la visión del indio, quien deja de ser así el único extraño en ese encuentro.

Bien contrariamente a la impresión que causan en el Almirante, Las Casas cuenta que las jóvenes “mostraban un semblante alegre y honesto.” Cabe deducir que este último adjetivo está dirigido a contrarrestar el efecto del primer juicio colombino, tal como ocurre en Hernando. La honestidad desplaza a la “desenvoltura” que alarma a Colón padre, aunque aquí se dice que el viejo emisario “importunó” para que tomaran a las jóvenes. Se concluye que la comunicación no fue nada fluida—aun la gesticular: tan diversos en “habla y meneos,” agrega. Repite luego fray Bartolomé que si bien tuvieron que pasar la noche en un navío de los españoles, la pasaron “con toda honestidad, a buen recaudo.” Este dato es novedoso y no deja de ser sorprendente: si es creación de Las Casas, bien parece que lo introduce tanto para enriquecer su relato como para exaltar el comportamiento caballeroso de Colón.

En el texto lascasiano, desde luego, el incidente está desprovisto de detalles que pudieran poner en duda la honradez de las jóvenes indias. También se narra lo referente a los españoles desde una perspectiva que elude la utilización de la mujer nativa por el extranjero; hecho, sin embargo, que él mismo documenta con bastante frecuencia en sus libros. Es claro que Las Casas favorece lo actuado por Colón; que no censura sus procedimientos como sí, los de otros navegantes o conquistadores posteriores; más bien presenta su figura como la de un protector, que puso a la jóvenes bajo su cuidado, precisamente para promover una conducta cristiana.

Hay algo más: este trozo lascasiano forma parte del libro II de su *Historia de las Indias*, obra concluida hacia 1559, después de más de treinta años de elaboración y suma de todo el conocimiento y experiencias del autor sobre el Nuevo Mundo; el libro todo es de punzante censura en contra de los actos de sus compatriotas. Determina Las Casas que no se publique su historia mientras él viva, para que después la posteridad la rescate y sepa la verdad de lo acaecido en el proceso de conquista y pueda emitir así un juicio imparcial y libre sobre el gran hecho. Por medio de la narración del breve incidente que nos ocupa, concluimos que el historiador salvó a la figura de Colón, por ser el portador del cristianismo más allá de los mares; la culpa de los desmanes que estaban teniendo

lugar no era suya, sino de aquellos que le siguieron con propósitos diferentes. El mal no había consistido en abrir las cerradas rutas del océano hacia el orbe nuevo, sino en el comportamiento impío que conquistadores y colonizadores llegaban a ejercer luego entre los indios.¹⁴

Finalizada la lectura de los textos más cercanos, se concluye, pues, que hubo esa mañana de septiembre de 1502 en playas de Limón, o muy cerca de allí, un singular encuentro entre la experiencia y el asombro, entre hombres y mujeres ajenos a toda posibilidad de comunicación que no fuesen algunos gestos; que hubo un ir y venir de la orilla a las carabelas para cumplir por él dos modos de rituales domésticos percibidos de modos bien distintos; registrados también contradictoriamente. Así comenzaba a plasmarse en lenguaje escrito la percepción de un creciente conflicto sexual que, aunque latente, surge ya detrás de las menciones sobre las jóvenes cariarienses; menciones que poco iban a variar en adelante, cuando el europeo se refirió a las indias; como en la carta colombina, las más de las veces se las caracterizará con matices negativos.

El resto de esa tensión entre lo visto y lo creído queda en la intencionalidad narrativa-descriptiva de cada uno de los autores, como confirmándose la imposibilidad de un absoluto histórico; corroborándose, en todo caso, que el pasado es el texto y los modos de su escritura, o como ha enseñado Barthes, que “el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica” (48). En la historiografía, sostiene, “el hecho nunca tiene sino una existencia lingüística” (49). Allí, aquel curioso suceso del pasado nacional costarricense—para el caso cualesquiera otros hechos registrados del ayer continental—permanecerá fijo como elaboración de lenguaje,

¹⁴ Al concluir su análisis del viaje de descubrimiento por Colón, escribió Las Casas en la *Historia de las Indias*: “Pero, pues, parece que Dios, antes de los siglos, concedió a este hombre las llaves deste espantosísimo mar, y no quiso que otro abriese sus cerraduras oscuras, a éste se le debe todo cuanto destas puertas adentro haya sucedido y cuanto sucediere en todo género de bondad, de aquí a quel mundo se haya de acabar. Descubrir por su persona y abrir y enseñar el camino para que se descubran tan largas e felices tierras, tan ínclitos y ricos reinos, que hay hoy descubiertas de costa de mar, que mira a ambos polos, sobre 12.000 leguas de tierras tan llenas de gente . . . simplicímas, pacíficas, domésticas, humildes, liberales, y, sobre todas las que procedieron de Adán, sin alguna excepción, pacientísimas; dispuestas también incomparablemente y sin algún impedimento, para ser traídas al cognoscimiento y fé de su Criador.” (1:329).

como texto por el cual cruzan las muchas líneas que hacen del hombre un ser con pasado, con el pasado contradictorio que mejor parece responder a su naturaleza.

WORKS CITED

- Barthes, Roland. "El discurso de la historia." *Estructuralismo y literatura*. Ed. José Szabón. Trad. Ana María Nethol. Buenos Aires: Nueva Vision, 1972.
- Colón, Cristóbal. *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*. Ed. Consuelo Varela. Madrid: Alianza, 1982.
- Colón, Hernando. *Vida del Almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando Colón*. Ed. Ramón Iglesia. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Corominas, Joan. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. 3a. ed. 4 tomos. Madrid: Gredos, 1976.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Ed. Agustín Millares Carlo y Lewis Hanke. 3 tomos. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.
- León Portilla, Miguel, ed., *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. 5a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Trad. Agustín Millares Carlo. Ed. Edmundo O'Gorman. 2 tomos. México: José Porrúa e hijos, 1964.
- Morison, Samuel Eliot. *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*. Trad. Luis A. Arocena. Buenos Aires: Hachette, 1945.
- Olchski, Leonardo. "What Columbus Saw on Landing in the West Indies." *Proceedings of the American Philosophical Society* 84, No 5 (1941).
- Vespucio, Américo. *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos. Textos en italiano, español e inglés*. Ed. Roberto Levillier. Buenos Aires: Nova, 1951: 75 y 77.

